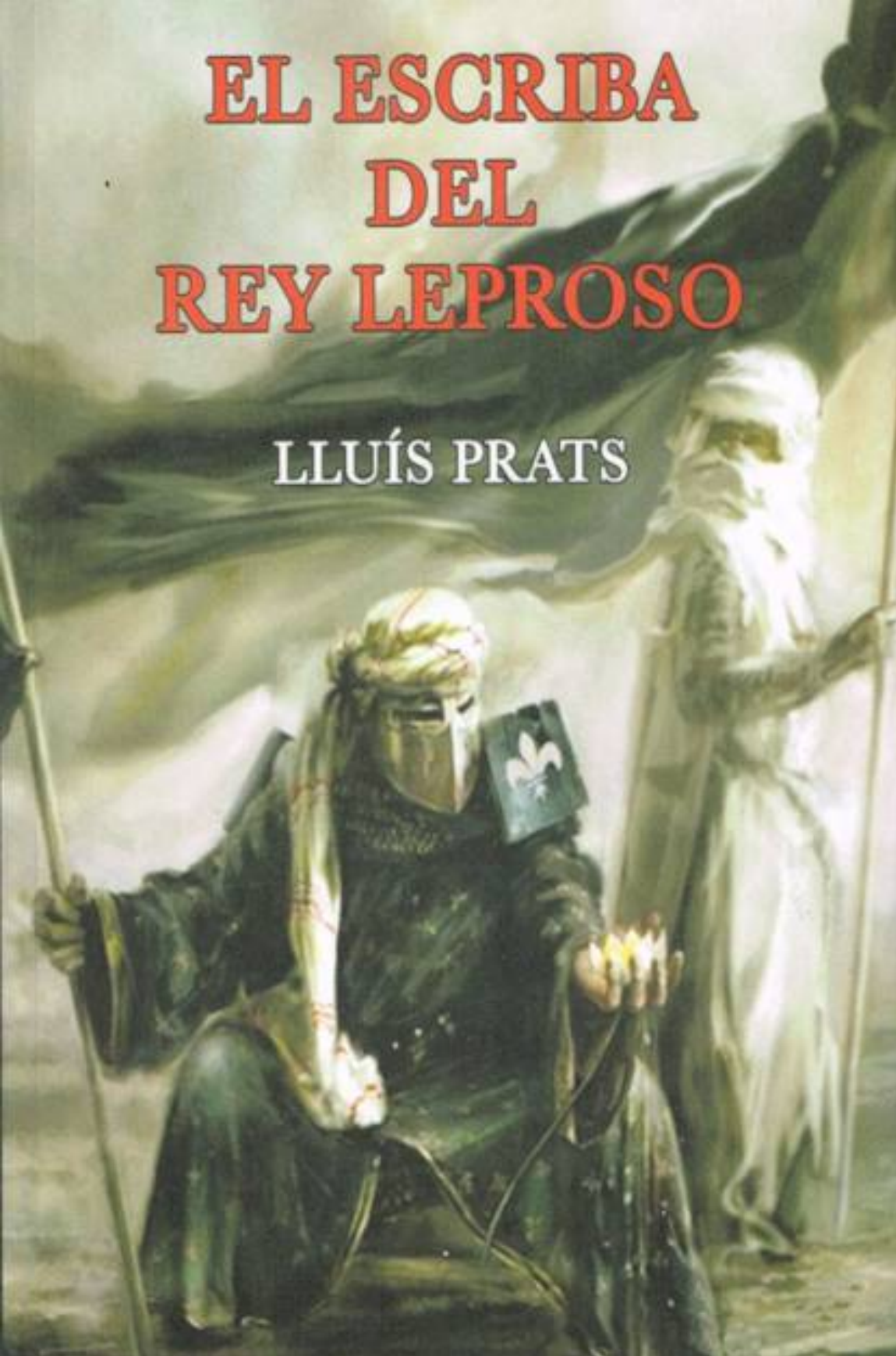


EL ESCRIBA DEL REY LEPROSO

LLUÍS PRATS



La novela relata las vicisitudes del reino franco de Jerusalén durante los últimos años del reinado de Amalarico, los de su hijo Balduino el leproso y su hermana, Sibila, hasta la toma de la ciudad por Salah-al-Din en 1187. El relato empieza en 1170 cuando el escriba Hugo de Poitiers viaja a Jerusalén como amanuense del cronista Guillermo de Tiro. Allí conocerá al joven heredero Balduino, a quien le unirá una amistad que se acrecentará con los años. Asistiremos a las maquinaciones de Isabel de Courternay para hacerse con el dinero enviado por el Emperador de Bizancio con el fin de que el rey Amalarico pueda armar un ejército con el que defender Tierra Santa y que ella quiere usar para liberar a Reinaldo de Châtillon. Tras la muerte del rey Amalarico, es coronado su hijo, Balduino, enfermo de lepra desde los diez años. Contra todo pronóstico, el nuevo rey resulta ser un monarca hábil y al que los barones y las tropas siguen sin titubear en su empeño por salvaguardar las plazas del reino de la amenaza árabe. Este es el mundo del que Hugo de Poitiers formará parte primero como escriba y después como caballero defensor de los Santos Lugares. Como tal asistirá a la defensa de Kerak, que es asediada por las tropas de Salah-al-Din, ayudará a gobernar al rey doliente y conocerá el amor de Helena, una de las damas de compañía de la reina María Comneno.

Índice de contenido

Cubierta

El escriba del rey leproso

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

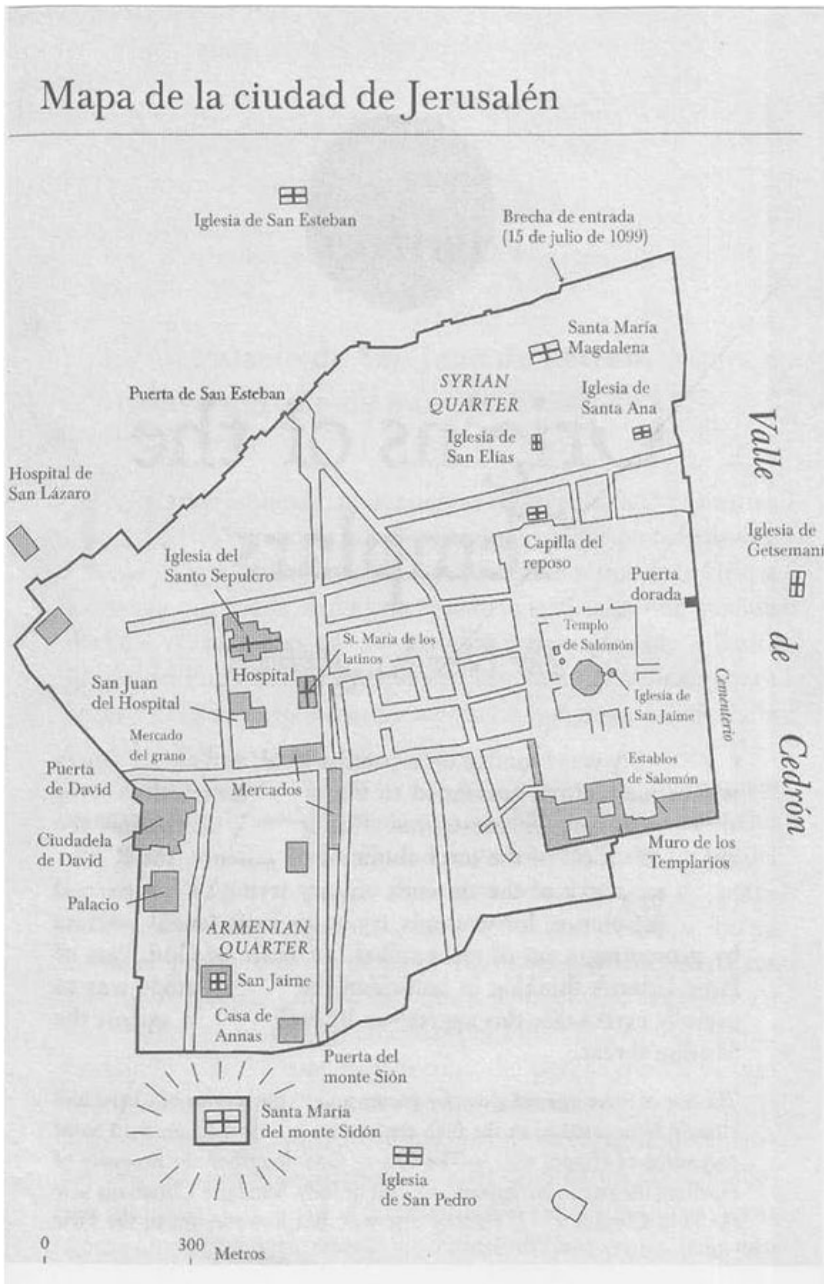
Capítulo 76

Capítulo 77

Nota histórica

Sobre el autor

Notas



CAPÍTULO 1

Palacio de San Juan de Letrán. Mayo del año de nuestro Señor de 1170

Unos jirones de nubes negras como el hollín se arrasaban perezosos por el cielo plumizo de Roma, resistiéndose a abandonar la urbe. Eran los restos de la furiosa tormenta que había azotado la ciudad la tarde anterior, cuando docenas de feligreses habían acudido fervorosamente a Santa María del Pueblo o a San Pedro en la colina del Vaticano para rogar a Dios que esos rayos no fueran los que precedieran el día del Juicio Final.

Ese era el cielo acerado que el arzobispo de Reims, camarlengo de San Juan de Letrán, contemplaba a través del ancho ventanal que daba al río. Estaba sentado en la antecámara del cardenal Di Morra con los pies cerca de un brasero intentando descifrar la horrorosa caligrafía del obispo de Main. En su carta, el germano se quejaba del trato dispensado a dos de sus sacerdotes de paso por Roma y que se habían visto envueltos en una trifulca en una de las tabernas del Tíber. El prelado resopló fastidiado y dejó aburrido la lectura del pergamino en cuanto oyó unas fuertes pisadas procedentes del claustro.

El arzobispo se quedó con los ojos desencajados al ver que las siluetas que se le acercaban correspondían a dos

caballeros que parecían sacados de una batalla ocurrida pocas horas antes en mitad del desierto de Palestina. Sus capas iban tan cubiertas de polvo que apenas podía entreverse la cruz de ocho puntas que los hospitalarios cosían en uno de los hombros. Porque no había ninguna duda de que ambos eran miembros de esa orden, como tampoco no la había de que eran de proporciones gigantescas, especialmente el que se andaba en segundo lugar.

Al verles recortados en el robusto arco de la antesala, el camarlengo se acarició el anillo con el sello de Alejandro III y tamborileó nerviosamente con los nudillos encima del pergamino que había estado leyendo. Al oírle, su secretario, que cabeceaba sobre un montón de legajos, se despepezó y miró el orden del día. En ese momento, los dos gigantes llegaron delante de la mesa del arzobispo e hicieron algo parecido a una reverencia. Entonces el secretario de ojos vidriosos tosió para aclararse la garganta y anunció pomposamente:

—Eminencia, se presentan a vos el hermano Roger des Moulins y el hermano...

—Adalberto de Ascalón le interrumpió el más corpulento de los dos frailes.

—De la Orden de San Juan del Hospital de Jerusalén añadió el secretario sin apartar la vista de las velludas manazas que el hombretón había apoyado sobre su mesa.

—Tenemos audiencia con el cardenal de San Juan —dijo el que había sido anunciado como fray Roger des Moulins y que parecía algo más diplomático—. Asuntos de ultramar.

El arzobispo camarlengo les dedicó una sonrisa bondadosa y les señaló con un dedo hacia un banco corrido que estaba situado a un lado de la ancha sala.

—Tened la amabilidad de esperar —les indicó—. En breve seréis atendidos.

Los dos frailes se quitaron los espadones que les colgaban del cinto y los dejaron apoyados en una de las colum-

nas. Lo mismo hicieron con sus bolsas de viaje y se dispusieron a aguardar frente a un vitral con una colorida escena de la multiplicación de los panes y los peces.

Habían llegado a Roma una semana antes con dos misiones. La primera, entregar una respetable cantidad de dinero y unas cartas de su prior al gran maestro del Templo que se encontraba de visita en la ciudad de los papas, un asunto que les había retrasado para cumplir con su segundo cometido: escoltar al archidiácono de Tiro de regreso a Jerusalén.

Fray Roger y fray Adalberto estaban habituados a cumplir cualquier tipo de encargo, no en vano eran dos de los hospitalarios más competentes de San Juan. A lo que no estaban acostumbrados era a aguardar sentados mano sobre mano en las dependencias de un cardenal, y menos cuando las consecuencias de esa espera podían resultar fatales.

Una hora más tarde, las tripas de fray Adalberto de Ascalón empezaron a rugir debajo de su hábito negro y miró hacia la mesa en la que el secretario garabateaba ruidosamente sobre un pergamino. El hombrecillo sintió los ojos del gigante clavados en él y le observó con cierto temor. Sin embargo, el hospitalario le sonreía bondadosamente mientras jugueteaba con el cingulo con que se ceñía la gruesa cintura. Un minuto más tarde, el enorme fraile se volvió hacia su compañero, señalando a la vidriera, y le susurró:

—Creo que terminaré comiéndome esos panes y esos peces.

—Paciencia, fray Adalberto. —Se sonrió fray Roger—. Las cosas de palacio tienen su tiempo.

—Y Dios, su eternidad, lo sé. Pero mi estómago nada sabe de tiempos.

—En eso os doy la razón.

Antes de que el gigante se levantara para quejarse al secretario, se abrió la gran puerta que daba a las depen-

dencias del cardenal Di Morra y el camarlengo se levantó como si una culebra hubiera mordido su abultado trasero. Luego acompañó a un grupo de embajadores al atrio para despedirles y regresó junto a los dos hospitalarios. Les examinó acariciando su cruz pectoral, arqueó las cejas con desdén viendo que no podía hacer nada para adecentarles, y les ordenó que le siguieran con un gesto de la mano.

—Tenéis dos minutos —dijo señalando hacia la puerta.

Después regresó junto al secretario y le dio la vuelta a un reloj de arena finísima para contar el tiempo, y los dos hospitalarios entraron en las dependencias privadas del cardenal.

La habitación estaba forrada de colgaduras y sobre las mesas brillaban los crucifijos llenos de esmaltes y pedrerías que coleccionaba el príncipe de la Iglesia. Olía a espliego y a alcanfor, y entre la penumbra, los dos frailes distinguieron a algunos hombres de armas apostados al final de la sala rectangular. El enjuto cardenal Di Morra les esperaba sentado en un mullido sillón de mano con un pie metido dentro de una jofaina humeante.

—Ya veis, hermanos, un humor maligno —les saludó el anciano señalándose el pie—. ¿Qué se os ofrece?

El menos corpulento de los dos frailes se adelantó para besar el anillo que sobresalía de la flácida mano del prelado y dijo:

—Eminencia, mi compañero Adalberto y yo hemos sido enviados por nuestro superior a Roma por varios asuntos. La mayoría concernientes a nuestra orden pero también debíamos acompañar de regreso a Tierra Santa a don Guillermo, archidiácono de Tiro. No hemos dado con él en Roma, pero nuestro gran maestro nos dijo que acudiéramos a vos si surgía algún contratiempo.

El cardenal miró a fray Roger con una sonrisa que a este le pareció bondadosa y exclamó:

—¡Ah, sí! Guillermo, el cronista, le recuerdo bien. Se le ha facilitado un escriba para que le ayude en la tarea que

se ha impuesto.

—Nada sé de crónicas ni de escribas, eminencia —repuso el hospitalario—. El asunto por el que vino dom Guillermo a Roma creo que era otro.

—Ya veo... —replicó el anciano—. ¿Y cuál era el *asunto* por el que dom Guillermo vino a nos?

—Alta política, eminencia —dijo el hospitalario Roger des Moulins, encogiéndose de hombros—. Algo que escapa a nuestros pobres intelectos.

—Fray Roger —se sonrió paternalmente el cardenal, levantando un dedo nudoso—, si vuestro gran maestre os ha enviado a Roma, es porque confía en que vuestro intelecto no es demasiado *pobre*.

Fray Roger sonrió, abrió sus poderosos brazos como si fueran las aspas de un molino a modo de excusa y luego señaló:

—Sabéis tan bien como yo que la situación en Palestina es delicada, eminencia.

—Lo sé, fray Roger, *delicadísima*. Por eso dom Guillermo, en nombre del Rey de Jerusalén, se entrevistó con el Santo Padre con la intención de que convoque otra Santa cruzada. Pensábamos que vuestra orden estaría más interesada en mantener la paz en Tierra Santa añadió con malicia.

—Nuestra orden, eminencia —le respondió fray Roger, afilado como un puñal damasceno—, secundará lo que decidan el Rey y el papa Alejandro, como nos obliga nuestra regla.

—Os doy la razón. —Tosió el cardenal—. Disculpad a este viejo. Había olvidado que no estoy ante dos templarios. Supongo que ellos no estarán tan preocupados como vosotros por lo que ocurra en Palestina si pueden seguir cobrando a los mercaderes y a los peregrinos para escoltarlos a Jerusalén. Supongo que una nueva cruzada trastocaría sus planes y sus arcas.

—No me corresponde a mí hablar por ellos —repuso fray Roger—. Nosotros venimos en busca del archidiácono

de Tiro. Teníamos que habernos reunido con él y hacernos cargo de cierta documentación que le ha sido entregada, pero otros asuntos nos han retrasado.

—Si no voy equivocado —dijo el cardenal bostezando—, dom Guillermo partió anteayer de Roma, aunque mi secretario, el camarlengo, os lo podrá confirmar.

—¿Y eso tan importante viaja con él? —se extrañó fray Roger al oírle.

—¿Importante como qué? —respondió el cardenal, iniciando una sonrisa más peligrosa que bondadosa.

—Algo por lo que alguien sería capaz de asesinarle, eminencia.

El rostro del anciano se puso rígido como el alabastro y la tierna sonrisa se borró de sus labios. Se arrebujo en su sobreveste y escrutó al hospitalario con ojos de halcón. Fray Roger vio que el prelado estaba incómodo pero continuó mirándole sin pestañear.

—Es probable que viaje con unas cartas muy comprometedoras, sí —respondió finalmente el anciano.

—¿Cómo que probable? —exclamó fray Adalberto, que se había situado detrás de fray Roger y no había abierto la boca hasta entonces—. ¿Le habéis dejado partir sin escolta?

—¿La escolta debíais ser vosotros dos, hermanos? —dijo el cardenal esbozando de nuevo una sonrisa.

—Creo que han pasado los dos minutos —murmuró fray Adalberto, impaciente, a fray Roger des Moulins.

Este trató de pensar rápidamente antes de que su compañero diera por finalizada la entrevista con un exabrupto tan inconveniente como poco cristiano. Cerró sus ojillos y trató de no dudar de la rectitud del príncipe de la Iglesia, aunque en verdad no sabía si se encontraba delante de una mansa paloma o de un venenoso alacrán.

—En cualquier caso —dijo al cardenal—, ¿tendríais la amabilidad de decirnos hacia dónde ha partido? Nosotros ya procuraremos alcanzarlo.

El prelado sacó el pie dolorido de la jofaina y se lo frotó. Luego le hizo un gesto al hospitalario para que se le acercara y siseó:

—Fray Roger, por la alta estima que tengo a vuestro gran maestro Gilberto, os haré un favor. La persona a la que buscáis viaja con tres frailes y un joven escriba. Creo que partieron hacia Venecia, donde quería resolver unos asuntos de su hermano el mercader. Daos prisa en alcanzarle. No hay nada más que pueda hacer por él sin comprometer al Santo Padre, demasiado ha hecho ya Su Santidad enviando esas cartas con el archidiácono. Daos prisa —añadió—, que don Guillermo viaja con esa documentación ya habrá llegado a los oídos menos adecuados.

—Lo tendré en cuenta —dijo fray Roger besando el anillo del cardenal de modo más fervoroso que cuando había entrado en la sala.

Luego ambos hospitalarios se arrodillaron en el suelo y el príncipe de la Iglesia hizo la señal de la cruz sobre sus cabezas.

—*In nomine Patris et Filii et Spiritui Sancti...* Que Dios os asista y nos dé fuerzas a todos.

Cuando terminó, regresaron hacia la puerta, pero antes de abrirla, fray Adalberto de Ascalón se volvió hacia el cardenal y dijo:

—Ajos y romero, su santísima eminencia. Un buen emplasto durante dos días, por lo menos.

El cardenal miró al enorme fraile como si viera el glorioso cuerpo de Santa Agripina bailando un *saltarello* en el claustro de San Juan mientras fray Adalberto le señalaba el aguamanil que tenía debajo del sillón.

—Para vuestro reverendísimo pie, eminencia... —Se sonrió el hospitalario abriendo la puerta.

Esa misma noche, cuando apenas las rutilantes estrellas habían sembrado con sus luces el cielo de Roma, los dos hospitalarios partieron de la ciudad santa a lomos de caballería rumbo al norte, con la esperanza de alcanzar a Guiller-